

JOSÉ REVUELTAS
LA LUCHA Y LA ESPERANZA

Rafael Olea Franco
Editor



EL COLEGIO DE MÉXICO

ÍNDICE

NOTA DE PRESENTACIÓN	11
CARLOS MONSIVÁIS:	
Revueltas: crónica de una vida militante (“Señores, a orgullo tengo...”)	15
ÁLVARO RUIZ ABREU:	
Revueltas: autobiografía y prosa circular	65
EVODIO ESCALANTE:	
El tema filosófico del “mundo invertido” en las novelas de Revueltas	83
RODRIGO GARCÍA DE LA SIENRA:	
Revueltas y el <i>realismo utópico</i>	101
JAVIER DURÁN:	
José Revueltas y el pachuco: notas sobre el “México de afuera”	125
LUZELENA GUTIÉRREZ DE VELASCO:	
Configuración de lo femenino en <i>Material de los sueños</i>	135
EDITH NEGRÍN:	
Otra “Sinfonía pastoral” . . . la de José Revueltas	145
ELBA SÁNCHEZ ROLÓN:	
Los sobrevivientes: experiencias de poder en <i>Los días terrenales</i>	171

RAFAEL OLEA FRANCO:

El género novela en *El luto humano*: pasión y religión. 193

FRANÇOISE PERUS:

La otra cara de la luna: pasadizos entre

El luto humano y *Pedro Páramo* 227

NOTA DE PRESENTACIÓN

Los ensayos aquí reunidos derivan del homenaje académico en memoria de José Revueltas (1914-1976) que organizó El Colegio de México el 21 de noviembre de 2006, con motivo del trigésimo aniversario de su fallecimiento; casualmente, este acto se efectuó al día siguiente de que el escritor hubiera cumplido 92 años, pues él nació un emblemático 20 de noviembre. Quienes gustan de las interpretaciones cabalísticas o astrológicas sentirán la tentación de afirmar que él llegó bajo el influjo de dos símbolos propicios y complementarios. Por un lado, el año de 1914, que resultó favorable tanto para la literatura mexicana como para la hispanoamericana, ya que en ese período nacieron además Octavio Paz, Efraín Huerta, Julio Cortázar y Adolfo Bioy Casares (no cabe duda, en cuestión de escritores también hay buenas cosechas). Por otro lado, el 20 de noviembre, que signó la preocupación permanente e inquebrantable de Revueltas por la historia mexicana y por el destino de las mayorías, lo cual se concretó en una compleja praxis (en el más amplio sentido de este término) social y cultural.

A fines de 1967, luego de más de veinticinco años de ejercer la palabra por medio de la literatura (Revueltas rechazaba la expresión “hombre de letras”), llegó la “consagración” de su obra, como él decía irónicamente al entrecomillar esta expresión. Me refiero a la compilación de su *Obra literaria* en los dos volúmenes publicados por Empresas Editoriales, con un tiraje de 3,000 ejemplares, según consigna el colofón del primer tomo, cuya impresión concluyó un simbólico 20 de noviembre. Al inicio del prólogo, dedicado a reflexionar sobre su labor como escritor en la moderna sociedad mexicana, Revueltas agradece a Martín Luis Guzmán y Rafael Giménez Siles —a quienes llama sus “amigos y editores”— por la iniciativa de reunir sus obras.

Poco antes, en octubre de ese mismo año, él había contribuido con entusiasmo al homenaje nacional tributado a Guzmán por los ochenta años de su nacimiento. Pero en unos cuantos meses la situación cambió radicalmente, pues los sucesos que culminaron con la atroz y sangrienta represión gubernamental del 2 de octubre de 1968 colocaron a ambos amigos en posiciones opuestas: Guzmán asumió una férrea y pública defensa del régimen del presidente Díaz Ordaz, mientras que Revueltas fue encarcelado una vez más, ahora bajo la absurda acusación de haber sido el “autor intelectual” de las protestas (como si éstas no derivaran de la profunda insatisfacción de algunos sectores de la sociedad mexicana por la situación política y social imperante). Con ello resultaba obvio que sólo de manera fugaz podría Revueltas aparecer en el catálogo del *establishment* literario, si es que alguna vez perteneció a él.

Siempre he tenido la convicción plena de que, en última instancia, cualquier obra literaria es hasta cierto punto autobiográfica, tanto por los elementos presentes en ella como por los ausentes, porque un escritor plasma en sus textos, ficcionalizados, los sucesos que ha vivido o los que tan sólo ha anhelado. En el caso de Revueltas, considero que hay una imagen de su novela *El luto humano* (1943) que cifra su propia existencia. En una de las vetas del argumento de esta obra, la huelga de los trabajadores agrícolas beneficiados por el sistema de riego fracasa porque nadie desea seguir viviendo en una tierra seca, inservible para producir alimentos. Cuando Úrsulo intenta contener el éxodo de sus compañeros, uno de ellos plantea una pregunta aparentemente “retórica”, pues le reclama si acaso podrían sobrevivir comiendo tierra; al renunciar a emitir una hueca argumentación verbal, Úrsulo tan sólo lanza un monosílabo, luego del cual efectúa un terco gesto cuya magnitud linda con la heroicidad trágica: toma un puñado de tierra y entre sollozos empieza literalmente a comérselo. A riesgo de que se juzgue que incurro en el a veces estéril “biografismo” literario, no creo exagerado postular una cercanía entre este pasaje de la novela y las actitudes del escritor en cuanto hombre histórico,

porque Revueltas siempre estuvo dispuesto a comer tierra antes que abandonar la lucha.

En el ensayo que abre este volumen, Carlos Monsiváis se pregunta y responde:

¿Por qué tarda tanto y por qué se entrega con tal mezquindad el reconocimiento literario a Revueltas, a su brillantez política, a la complejidad de sus personajes y situaciones narrativas, a su ir a fondo en el examen de la descomposición que es el rostro no tan secreto de una parte de la sociedad? Muy probablemente, esto se debe a su radicalismo que atemoriza, a su rechazo desdeñoso de la sociedad cultural y a la dificultad de gran número de los posibles lectores para captar los diversos niveles de estas novelas. Revueltas no concede, y de allí el alejamiento sin concesiones que se le reserva a su obra.

En efecto, la convicción absoluta que impulsó todos los arduos actos de su vida no le permitió hacer concesiones de ninguna naturaleza, ni en el plano político ni en el literario. Por ello, en el prólogo a su *Obra literaria* (fechado en agosto de 1967), rechaza las categorías de “hombre de letras” y de “literato”, a las cuales opone lo que él entendía como la función del “escritor”: “Hombre de letras, cierto, que no de palabras, pues éstas son compromiso y combate: los *literatos* no pueden sino huir de ellas con la mayor prudencia [...] El *escritor*, por lo contrario, pacta a vida o muerte con las palabras, con sus palabras, con sus obras”.¹ Pero para que esta propuesta vital adquiriera sentido profundo es necesaria la participación del otro. Como nos incita a recordar José Emilio Pacheco,² para Revueltas ni las estatuas ni los homenajes significan nada; la única victoria de un escritor se produce en la intimidad

¹ José Revueltas, “Prólogo” a *Obra literaria*, Empresas Editoriales, México, 1967, t. 1, p. 8.

² José Emilio Pacheco, “Prólogo” a José Revueltas, *Las evocaciones requeridas (Memorias, diarios, correspondencia) I*, recopilación y notas Andra Revueltas y Phillippe Cheron, Ediciones Era (*Obras Completas*, 25), México, 1987, p. 11.

del vínculo silencioso y apasionado con otra conciencia, la del lector. Pensemos pues que el sincero homenaje que entrañan los ensayos contenidos en este libro³ es un simple y modesto primer paso para generar esa relación. En *El luto humano*, sólo Jerónimo y Calixto responden positivamente al patético ejemplo de Úrsulo implícito en su desesperado acto de, literalmente, “tragar” tierra. Ojalá nuestro humilde llamado a volver a la literatura del autor tenga más éxito; mientras tanto nos sumaremos, como un sonoro eco, a los dos verbos, complementarios más que antitéticos, mediante los que Revueltas concluye el prólogo a su *Obra literaria* con esta descarada incitación: “Luchemos y esperemos”.⁴

Rafael Olea Franco

³ Quiero expresar aquí mi más sincero agradecimiento hacia Pamela Vicenteño, cuya cuidadosa revisión de los ensayos que forman este libro fue decisiva para que nuestra labor llegara a feliz término.

⁴ J. Revueltas, *op. cit.*, p. 16.